Mi Nacimiento

Horacio Quiroga

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9252

Título: Mi Nacimiento
Autor: Horacio Quiroga
Etiquetas: Poema

Editor: Brian
Fecha de creación: 21 de septiembre de 2026
Fecha de modificación: 21 de septiembre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Mi Nacimiento

Mi nacimiento, en suma, fue como el de cualquiera:
mi madre sonreía con su candor de cera,
la sirvienta prolija buscaba ropas blancas,
y el médico admiraba sus formidables ancas.
En tanto yo gritaba y me callaba a ratos,
tal como los canarios cuando ven a los gatos.
Después vino la infancia con sus descomposturas,
despertando con ella las vocaciones puras.
Todas las criaturas que jugaban conmigo
llevaban de mis dedos la marca en el ombligo;
si bien algunas veces —y éstas no fueron pocas—
ponía mi hombradía ya sólida en sus bocas.
El tiempo iba corriendo, y con él avanzaba
mi afán de hacer posible todo lo que miraba.
Aquellas amiguitas de mi infancia primera,
untuosas por la savia de mi audaz primavera,
continuaron jugando conmigo todo el día,
Inés, Teodora, Antígona, Berenice y María.

Inés era graciosa como una pluma blanca;
hija de una familia poderosa en la banca,
su regia compostura daba placer al hombre.
Mi boca era tardía en pronunciar su nombre
en fuerza de gustarle como una golosina.
Su voz precipitaba la fiebre vespertina
que mata a los amantes de las baladas rusas.
Sus manos deponían ilusiones confusas
en todo. Pocas veces se entregaba de veras.
Era rápido el tiempo llorado en sus caderas.
¡Qué más! poco duraron nuestros momentos claros.
Teodora fue en seguida con sus placeres raros.

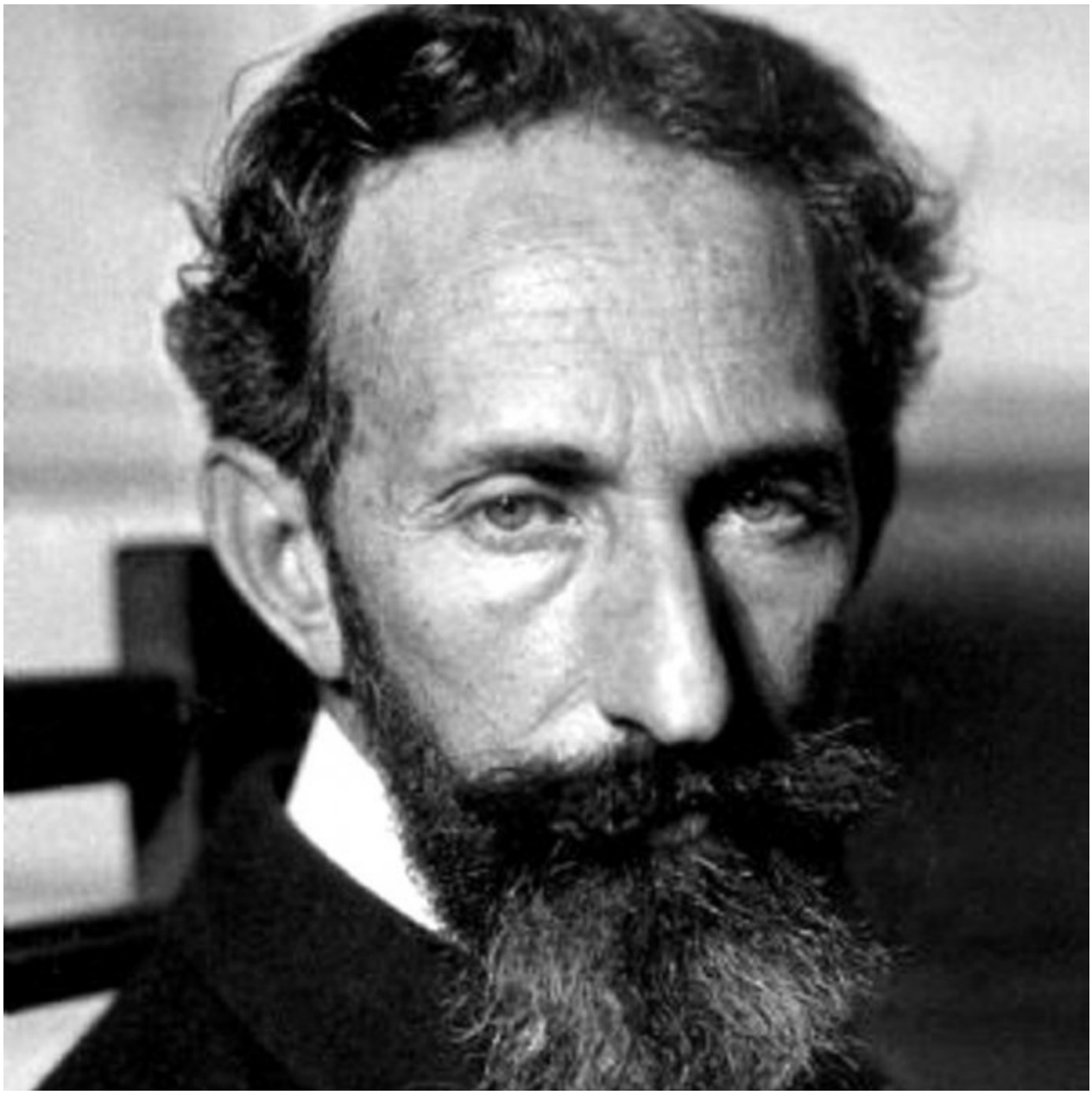
* * * * * * *

Su vientre recusaba toda función tranquila,
e iba, triste, siguiéndola, como un perro a la esquila.
Sus sedas exhalaban monótonos delirios,
sus ojos se incendiaban en ardientes colirios,
y entre sus muslos blancos mi vida se fundía
ante el cristal de aquella decadente María.
Fue Antígona la casta doncella. Sus caricias
son para mis recuerdos adorables albricias.
Paseábamos de noche por las frondas caseras

bajo los paraísos que bordan las aceras.
Vivía al lado nuestro; su familia era pobre
como las cercanías de un manantial salobre.
Desde la puerta hablábamos cuando había llovido,
y entonces recogía con su mano el vestido.
¡Cuántos besos volaron en las tardes mojadas!
El viento sacudía sus enaguas caladas,
sus aros; que tenían un ópalo en el centro;
como a los dos a un tiempo nos llamaban de adentro,
soplábamos un beso, riendo, sobre las manos.
Estos idilios blancos son siempre bien humanos.
Todo pasó, no obstante. Una gran epidemia
temblores, fiebre, vómitos; ya casi al fin, uremia,
arrebató su vida, como una cosa fácil,
y así revive ahora su cuello largo y grácil,
la plazoleta, Antígona y su pobreza tierna.
Berenice es el símbolo de la belleza eterna,
su vida es un esfuerzo hacia la forma estricta;
todo lo que —en resumen— la desazón nos dicta
cabe en su esencia, puesto que el sufrimiento crea
el verso, el embarazo mensual de la marea,
la vida, que es un simple esfuerzo, y por lo tanto

llena de contracturas dolorosas; y el llanto
de las recién paridas es igual al chirrido
del cabrestante, el torno o el alambre torcido
que llora con el mismo dolor de las paridas.
Como las Adalgondas nevadas, o las Idas,
Berenice, mi amor celeste era alta y flaca.
Sus manos se afilaban en tersuras de laca;
por la noche leíamos bajo el parral sombrío,
del cual se divisaba la palidez del río.
Berenice tenía dieciocho años. Nada
era tan silencioso como su voz velada;
tenían los rubíes de sus manos desnudas
el trágico decoro de las princesas mudas
que entierran por sus manos a sus amantes muertos…

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)